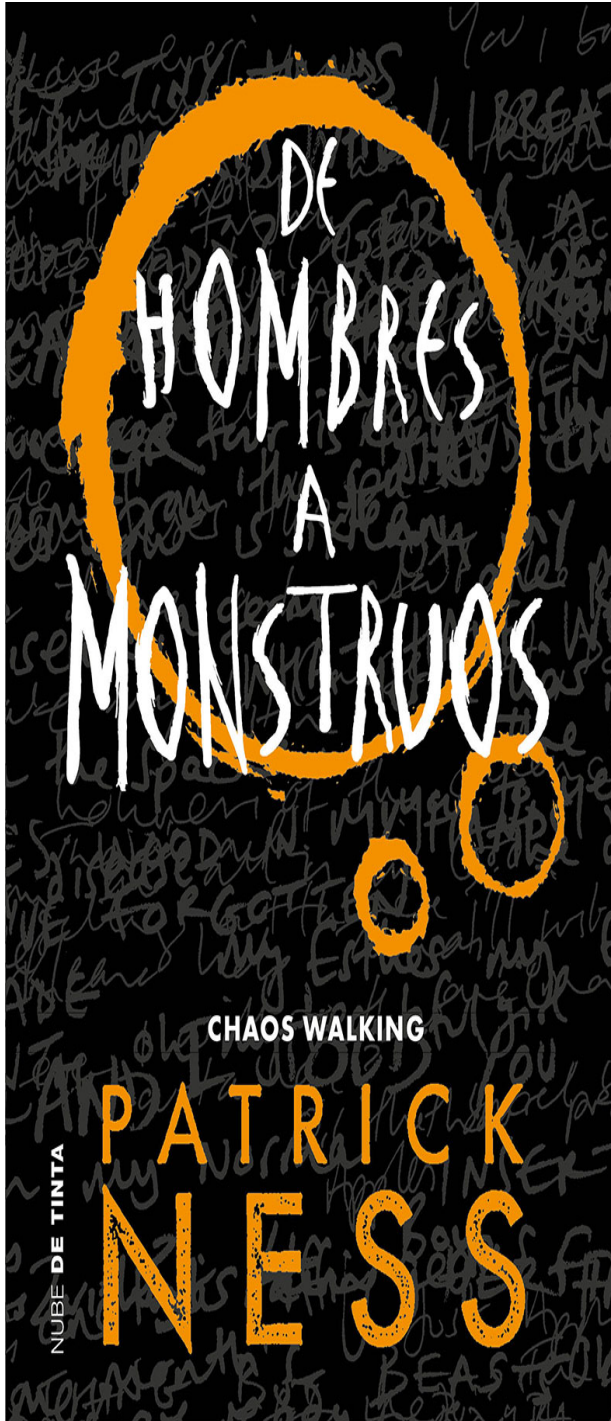


DE
HOMBRES
A
MONSTRUOS

CHAOS WALKING

PATRICK
NESS

NUBE DE TINTA



PATRICK NESS

De hombres a monstruos

Traducción de **Ricard Gil Giner**

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor y, en caso de ser reales, se utilizan como parte de la ficción. Todas las afirmaciones, actividades, ardidés, descripciones, información y material de cualquier otra clase aquí contenidos se incluyen solo por mor del entretenimiento y no deben ser considerados exactos ni ser replicados, pues podrían causar perjuicios.

Para Denise Johnstone-Burt

¿Quién hay en el búnker?
¿Quién hay en el búnker?

Mujeres y niños primero
Y los niños primero
Y los niños

Me río hasta arrancarme la cabeza

Trago hasta reventar

Radiohead, «Idioteque»

—La guerra —dice el alcalde Prentiss con los ojos brillantes—. Por fin.

—Cállese —le espeto—. Nada de «por fin». El único que quería esto es usted.

—En cualquier caso —dice él, volviéndose hacia mí con una sonrisa—, es inminente.

Y, por supuesto, yo me pregunto si desatarlo para que libre esta batalla no habrá sido la peor equivocación de mi vida...

Pero no...

No, porque gracias a esto ella se va a salvar. Era necesario hacerlo para salvarla.

Él la mantendrá a salvo, y yo me ocuparé de que lo haga, aunque tenga que matarlo para conseguirlo.

Y así, coincidiendo con la puesta de sol, el alcalde y yo permanecemos erguidos sobre los escombros de la catedral y contemplamos la plaza de la ciudad mientras el ejército zulaque desciende frente a nosotros por la carretera zigzagueante de la colina, haciendo sonar el cuerno de batalla con un retrueno capaz de partirte en dos.

Mientras el ejército de la Respuesta que comanda la enfermera Coyle entra en la ciudad a nuestras espaldas, sin parar de lanzar bombas a su paso: ¡Bum! ¡Bum! ¡BUM!

Mientras los primeros soldados del ejército del alcalde llegan en rápida formación desde el sur, con el señor Hammar al frente, y cruzan la plaza hacia nosotros para recibir nuevas órdenes.

Mientras los habitantes de Nueva Prentiss huyen despa-

voridos en todas direcciones.

Mientras la nave de reconocimiento de los nuevos colonos aterriza en lo alto de una colina muy cerca de la enfermera Coyle, en el peor lugar posible.

Mientras Davy Prentiss yace muerto entre los escombros, acribillado por su propio padre, acribillado por el hombre al que acabo de liberar.

Y mientras Viola...

Mi Viola...

Cabalga en medio de todo este caos, con los tobillos rotos, incapaz siquiera de tenerse en pie.

«Sí», pienso.

La guerra es inminente.

El fin de todas las cosas.

El fin de todo.

—En efecto, Todd —dice el alcalde, frotándose las manos—. Y que lo digas.

Y repite la palabra, la pronuncia como si todos sus deseos se hubiesen hecho realidad.

—La guerra.

TODO EMPIEZA

DOS BATALLAS

[TODD]

¡VAMOS A ATACAR A LOS ZULAQUES!, grita el alcalde a los soldados, apuntando con su ruido al centro de sus cabezas.

Incluso a la mía.

SE CONCENTRARÁN AL FINAL DE LA CARRETERA, continúa, ¡pero no van a pasar de ahí!

Montado sobre Angharrad, le acaricio el flanco con la mano. En menos de dos minutos el alcalde y yo ya estábamos a lomos de nuestras monturas. Morpeth y Angharrad habían llegado galopando desde la parte posterior de las ruinas de la catedral, y cuando empezamos a avanzar aplastando los cuerpos todavía inconscientes de los hombres que habían intentado ayudarme a derrocar al alcalde, el ejército ya tomaba una forma desordenada ante nosotros.

No todo el ejército, tal vez menos de la mitad, pues el resto aún seguía recorriendo la carretera del sur hacia la colina rasgada, la carretera donde se suponía que iba a librarse la batalla.

¿Chico potro?, piensa Angharrad. Noto en su cuerpo lo nerviosa que está. En realidad, está muerta de miedo.

Y yo también.

—¡¡Batallones listos!! —grita el alcalde. De inmediato, el señor Hammar y los rezagados señores Tate, O'Hare y Mor-

gan saludan y obedecen, y los soldados empiezan a alinearse en perfecta formación, de un modo tan rápido que casi me duelen los ojos al mirarlos.

—Lo sé —dice el alcalde—. Es precioso, ¿verdad?

Le apunto con el rifle, el que le arrebaté a Davy.

—No se olvide de nuestro pacto —digo—. Usted mantendrá a Viola a salvo y no me controlará con el ruido. Si me obedece, permanecerá con vida. Solo por eso le he soltado.

Le brillan los ojos.

—Date cuenta de que eso significa que no podrás quitarme los ojos de encima, y para ello tendrás que seguirme a la batalla. ¿Estás listo para eso, Todd?

—Estoy listo —respondo, aunque en realidad no lo estoy, pero intento no pensar en ello.

—Estoy seguro de que lo harás muy bien.

—Cállese —le ordeno—. Ya le derroté una vez. Volveré a hacerlo si es necesario.

—De eso no tengo ninguna duda. —Sonríe.

—¡Los hombres están listos, señor! —grita Hammar desde su caballo, saludando de manera feroz.

El alcalde no deja de mirarme.

—Los hombres están listos, Todd —repite con voz burlesca—. ¿Y tú?

—Haga lo que tenga que hacer.

Y su sonrisa se ensancha todavía más. Se vuelve hacia los hombres.

¡DOS DIVISIONES A LA CARRETERA DEL OESTE PARA EL PRIMER ATAQUE! Su voz vuelve a serpentear dentro de las cabezas, como un zumbido imposible de ignorar. ¡LA DIVISION DEL CAPITÁN HAMMAR AL FRENTE, EL CAPITÁN MORGAN EN LA RETAGUARDIA! LOS CAPITANES TATE Y O'HARE REUNIRÁN A LOS HOMBRES Y EL ARMAMENTO QUE TODAVÍA ESTÁN POR LLEGAR Y SE UNIRÁN AL COMBATE LO ANTES POSIBLE.

«¿Armamento?», pienso.

SI ES QUE EL COMBATE NO HA TERMINADO YA PARA CUANDO LLEGUEN...

Los hombres se ríen al oír esto, con una risa fuerte, nerviosa y agresiva.

Y ENTONCES, COMO UN SOLO EJÉRCITO, ¡HAREMOS RETROCEDER A LOS ZULAQUES COLINA ARRIBA Y LES HAREMOS LAMENTAR EL DÍA EN QUE NACIERON!

Y los hombres vitorean con fuerza.

—¡Señor! —grita el capitán Hammar—. ¿Qué hay del ejército de la Respuesta?

—Primero derrotaremos a los zulaques —responde Prentiss—. Luego, la Respuesta será un juego de niños.

Contempla a su ejército de hombres y después estudia al ejército zulaque, que sigue bajando por la montaña. Entonces alza el puño y emite el fogonazo de ruido más fuerte que he oído nunca, un grito que perfora el centro mismo de cada hombre que lo oye.

¡¡¡A LA BATALLA!!!

«¡¡¡A la batalla!!!», responde el ejército con un grito unánime, y todos salen disparados a paso firme hacia la plaza, y continúan zigzagueantes en dirección a la colina.

El alcalde me dirige una última mirada, y parece que apenas pueda reprimir la risa de lo mucho que se está divirtiendo. Sin decir palabra, espolea con violencia a Morpeth en los costados y cruza la plaza al galope en pos del ejército.

El ejército que marcha a la guerra.

¿Seguir?, pregunta Angharrad, exudando miedo como si fuera sudor.

—Tiene razón —digo—. No podemos perderlo de vista. Tiene que cumplir su palabra. Tiene que ganar esta guerra. Tiene que salvarla.

Por ella, piensa Angharrad.

«Por ella», pienso yo, con todo mi sentimiento.

Y pienso su nombre...

«Viola.»

Y Angharrad se lanza hacia la batalla.

{VIOLA}

«Todd», pienso, mientras monto a Bellota a través de la masa de gente que se acumula en la carretera, que intenta huir de los horribles aullidos del cuerno que resuena en una dirección y de las bombas de la enfermera Coyle que retumban en la otra.

¡BUM!

Explota otra bomba, y veo una bola de fuego que sale escupida hacia el cielo. El griterío que nos rodea es casi insoportable. La gente que corre por la carretera se enreda con la que baja desordenadamente y con todos los que se interponen a nuestro paso.

Los que se interponen a que seamos los primeros en llegar a la nave.

El cuerno vuelve a sonar y los gritos arrecian todavía más.

—Tenemos que darnos prisa, Bellota —digo, entre sus orejas—. No sé qué es ese sonido, pero la gente de la nave podrá...

Una mano me agarra del brazo y casi me arranca de la silla.

—¡Dame el caballo! —grita un hombre, tirando con todas sus fuerzas—. ¡Dámelo!

Bellota se revuelve para alejarse de él, pero hay demasiada gente en la carretera y casi no podemos movernos.

—¡Suélteme! —le ordeno.

—¡Dámelo! —repite él—. ¡Vienen los zulaques!

Esto me produce tal sorpresa que casi me caigo de la silla.

—¿Los qué?

Pero el hombre no me escucha, y pese a la luz mortecina, veo que el blanco de sus ojos llamea de terror...

¡Aguanta!, aúlla el ruido de Bellota, y yo me agarro con más

fuerza a su crin. Bellota retrocede, derriba al hombre y da un salto hacia la negra noche. La gente grita y se aparta, pero derribamos a unos cuantos más, porque mi caballo barre todo lo que le sale al paso mientras yo me agarro a él como puedo.

Llegamos a un claro y Bellota acelera al máximo.

—¿Los zulaques? —digo—. ¿Qué ha querido decir? Es imposible...

Zulaques, piensa Bellota. Ejército zulaque. Guerra de los zulaques.

Me giro para mirar atrás mientras él galopa, y veo las luces que descienden en zigzag por la colina lejana.

Un ejército de zulaques.

Un ejército de zulaques viene también hacia aquí.

«¿Todd?», pienso. Sé que me alejo de él y del alcalde cautivo a cada zancada que damos.

La esperanza es la nave. Ellos nos ayudarán. De algún modo, podrán ayudarnos, a Todd y a mí.

Si una vez detuvimos una guerra, podemos detener otra.

Así, vuelvo a pensar su nombre, «Todd», para mandarle fuerzas. Y Bellota y yo cabalgamos por la carretera en pos de la Respuesta, de la nave de reconocimiento, y espero, por nuestro propio bien, estar en lo cierto...

[TODD]

Angharrad corre detrás de Morpeth mientras el ejército acelera por la carretera que se alarga frente a nosotros, derribando brutalmente a todo ciudadano de Nueva Prentiss que salga a su paso. Hay dos batallones, el primero de ellos está comandado por el señor Hammar, que no cesa de gritar a lomos de su caballo, y el segundo por el señor Morgan, que grita menos y le sigue a poca distancia. Son unos cuatrocientos hombres en total, con los rifles alzados y